

EL MOTÍN

Año XXXVII

Madrid, Viernes 1.º de Junio de 1917.

Número 22.

EL MOTÍN PERIODICO SEMANAL CON 8 PAGINAS Y CARICATURAS

Se publica los jueves

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

ADVERTENCIA

Por publicar íntegros los discursos pronunciados en el mitin del domingo, se ha retrasado un día la publicación de este número.

El mitin del domingo

La Plaza de Toros llena de aliados; muchas banderas, muchos estandartes de diversas organizaciones, los nombres de los buques españoles torpeados por los alemanes en letreos colocados en los palcos, exceso de policía dentro de la Plaza y de guardia civil fuera.

Comienza el acto con estas palabras del Sr. Simarro:

«Ciudadanos, no se puede perder tiempo, ni un minuto; de modo que aplaudan ustedes pronto, pero poco tiempo.

Se concede la palabra al Sr. Alborno. que va á hablar en nombre de la Comisión organizadora del mitin.

ALVARO DE ALBORNOZ

Ciudadanos: Pertenece la iniciativa de este acto á la revista *España*; pero apenas lanzada la idea se apresuraron á recogerla todas las izquierdas, rivalizando en entusiasmo. Obra del esfuerzo de todos es, pues, este acto grandioso, revelación espléndida del espíritu liberal del pueblo español.

Venimos aquí á proclamar nuestra solidaridad con los pueblos que luchan por la justicia y por la civilización. (Aplausos.) Con Bélgica, la mártir gloriosa; con la gran Inglaterra, de la Carta Magna y del *Habeas Corpus*; con la Francia inmortal de la Re-

volución, libertadora de América, libertadora de Italia, libertadora de Grecia (Aplausos); con la gran Rusia de los espléndidos destinos; con nuestros hermanos de Portugal é Italia, con los pueblos de nuestra sangre y de nuestra raza, en los cuales retoña el antiguo y gallardo espíritu español. Venimos á decir á Alemania que si el liberalismo español, con la conciencia un poco dormida, no se reveló antes contra sus cínicos alardes, contra su brutal ataque á fondo á la democracia y á la libertad europea, contra su inmenso crimen de 1914, los ciudadanos españoles no están dispuestos en estos momentos á consentir más tiempo el brutal atropello al derecho que representan los nombres de esos barcos que llevando la bandera española han sido torpedeados y sumergidos. (Aplausos.)

Ciudadanos, debería yo, al hablar en nombre de la comisión organizadora, llevar en este acto epecialmente la representación de la Liga antigermanófila española; pero la Liga antigermanófila española ha sido declarada ilegal por el juez. Este funcionario se parapeta tras un artículo del Código penal; pero en realidad es un acto de debilidad del Gobierno para no incurrir en el enojo de la representación de una potencia extranjera (Aplausos); es una ingerencia bochornosa de la política extranjera en los asuntos de nuestro país, contra la cual protestaremos declarando que, en una forma ó en otra, estamos dispuestos á continuar nuestra agitación, removiendo las entrañas del liberalismo español. (Aplausos.)

Todo el mal de la política española viene de aquel funesto abrazo de Vergara-Espartaco abrazando á Maroto, es el símbolo del liberalismo español: abrazando al enemigo, nutriendole, dándole sustancia y dándole sabiduría. (Grandes aplausos.)

Es necesario, pues, para destruir la virtualidad de aquel pacto, vencerlos hasta reducir al silencio el trabuco carlista, imponiéndoles el principio de la civilización europea. (Muy bien.)

Y nada más. Saludo á todas las representaciones que de España han venido á este mitin, las saludo en esas gloriosas banderas de Barcelona, de Valencia, de Bilbao, de Zaragoza, que simbolizan tantas luchas gloriosas por la libertad y por la democracia, y al concluir es digo á todos que este acto sea como el juego de pelota de la gran revolución de 1789; juramentémonos para no separarnos mas hasta que hayamos cumplido con nuestro deber. (Ovación.)

ANDRÉS OVEJERO

Ciudadanos: De los escasos minutos que nos concede la obligada duración y limitación de este acto, me sobran casi todos, porque las circunstancias más personales, me traen aquí, no á hablar, sino á oír; no á hablar, porque yo no puedo hablar dialogando con personas que representan núcleos poderosos de las democracias españolas, puesto que carezco de representación oficial en el partido en que milito, y no puedo hablar tampoco jactanciosamente en un monólogo de significación personal que me impide mi personal modestia. Vengo no á hablar, sino á oír; soy uno de vosotros; uno de los que en esta masa de las izquierdas españolas, no incorporadas á la disciplina de ningún partido, difusa en la pasividad porque á la actividad todavía no se la llama, do ansia para que llegue la hora de que se incorporen en la democracia española á la democracia europea, y á la democracia universal. (Grandes aplausos.)

Y pienso que ha llegado ya el instante en que desde aquí, en este soberano comicio de las izquierdas nacionales, digamos á nuestros eternos enemigos de las derechas españolas que mienten cuando hablan de neutralidad ellos, porque ellos con la neutralidad, hacen la máscara de sus apetitos insanos y de sus odios infames (Muy bien, muy bien; grandes aplausos.) Y nosotros somos los defensores de la única neutralidad digna, de la neutralidad que ni siquiera se llama así, que se llama, en labios de nosotros, los trabajadores organizados del país, no neutralidad del odio, sino pacifismo de los amores (Aplausos), y en nombre del pacifismo me asocio á este acto de rehabilitación del espíritu democrático, escarnecido en nuestra patria. (Aplausos.) Pero tengo que decirlos con esta significación particularísima que me convierte por un instante en portavoz de los ahelados comunes, tengo que decirlos únicamente dos palabras: una, que os diga el por qué los proletarios españoles, trabajadores asociados socialistas, por qué no participamos de este acto con nuestra presencia y por qué los organismos directivos del partido socialista han ofrecido públicamente á las izquierdas congregadas aquí su apoyo moral y su fervorosa simpatía. (Aplausos.) Y tengo que decirlos, no solamente por qué los organismos directivos del partido socialista han ofrecido públicamente á las izquierdas congregadas aquí su apoyo moral y su fervorosa simpatía. (Aplausos.) Y tengo que decirlos no solamente por qué motivos nosotros participamos de esta tendencia, sino tengo que decirlos también por qué hemos venido aquí. ¿Cuál es la causa de nuestra adhesión á este acto? Acabo de enunciarlo: nuestra significación genuinamente pacifista; porque nosotros no hemos de re tar impertinencia ninguna á aquellas voces elecentes que os han hablado y os seguirán hablando de cuanto importa al prestigio y al interés de España salir del aislamiento á que nos ha reducido la oprobiosa política de la vida sin política y sin orientación internacional. Pero á nosotros nos importa más todavía hacer presente que si los daños inferidos á nuestro país nos duelen, que si nos afrenta como á quien más afrontan los ultrajes á la bandera española, nosotros sentimos una inmensa indignación presente (oído, compañeros, que detrás de las banderas del proletariado asistís pasivamente á este acto), es una de aquellas guerras que en la Historia entrañan elementos y fermentos revolucionarios. (Aplausos.) La guerra presente es una guerra como aquella que, en los días de la antigüedad, hizo aliadas á Atenas y Esparta para detener el imperialismo persa; la guerra presente es una guerra revolucionaria, como aquella que en el *Sunderbunt*, en Suiza, construyó el maravilloso alcázar de la democracia helvética; la guerra actual es una guerra revolucionaria como aquella que en los Estados Unidos separaba, no dos pueblos, sino dos ideologías y dos concepciones opuestas de la dignidad humana; en los Estados del Sur, la defensa de la esclavitud; en los Estados del Norte, el generoso espíritu abolicionista; a guerra actual es la guerra preñada de revoluciones, como aquella de Italia, que oponía á la Roma de los pontífices el Piamonte de los Saboya y de la libertad. (Aplausos.)

Pero nosotros, que hemos llorado sobre los escombros de la Universidad de Lovaina y sobre las piedras sagradas de la Catedral de Reims; nosotros, que hemos lamentado, que hemos llorado aquellas despiadas

das é inhumanas deportaciones de la población civil en los pueblos invadidos, nosotros tenemos un dolor más grande que todo, que es el dolor de que en España hablen de neutralidad aquellos que son, con su silencio ó con su palabra, cómplices de la violación... (Grandes aplausos que impiden oír al orador.) Porque cuando á nosotros se nos interroga si intentamos violar la neutralidad, diremos que la neutralidad la violó en Bélgica el imperialismo prusiano. ¿Y para qué venimos aquí? Si es la causa que incorpora nuestro espíritu á esta obra, ¿cuál es la finalidad que nosotros perseguimos con ella? He aquí la palabra clave de todo cuanto tengo que calar, porque no me creo llamado á decirlo en este instante. Pero lo que sí os diré es que hoy acaso se ha iniciado la efectiva obra de la educación democrática nacional, porque hasta hoy y acaso nos habíamos mostrado demasiado remisos en este aleccionamiento popular y no habíamos dicho con la necesaria autoridad de la experiencia histórica que la guerra ha producido indignación ante los torpedeamientos de nuestros barcos mercantes; nosotros sentimos también una indignación inmensa ante la paralización que la vida económica española sufre por las incidencias de la guerra presente y por los criminales atentados del imperialismo alemán. (Aplausos.)

Y este es, compañeros, este es, ciudadanos, el sentido de la guerra presente. (Muy bien.) Nosotros, los trabajadores; nosotros, los afiliados á los partidos de la extrema izquierda, venimos aquí porque vemos en esta guerra un espíritu revolucionario, y decimos á España, no ya á las izquierdas españolas, sino á España entera, que ahora ó nunca, ó en esta época en que á la guerra se incorporan todas las democracias, como los Estados Unidos, que no declaran la guerra á un pueblo, sino que declaran la guerra á una dinastía y á un régimen, y en esta hora en que la revolución de Rusia hace memorable nuestros recuerdos los días de la revolución inglesa y de la revolución francesa, como una compañía digna, en la Historia, de Carlos I de Inglaterra y de Luis XVI de Francia, nosotros no hemos sabido, no más tarde que ayer, que Nicolás R. manoff, súbdito de Rusia, está llamando á los tribunales ordinarios del Comité de soldados obreros de la revolución del gran pueblo del Oriente de Europa. (Grandes aplausos.)

Esta es toda la significación que yo quisiera atribuir á este acto. ¿Tiene esta significación? No lo he de decir yo. Yo no puedo ni debo hacer otra cosa que escuchar lo que aquí se diga, pero al escucharlo, ciudadanos, consentid que antes de concluir restituyéndome como soldado de fila, que no otra cosa soy ni quiero ser en el ejército proletario, os diga que en otro mitin anterior á éste, oyeron quienes acudieron aquí, mendaces y sofisticadas expresiones de una hueca elocuencia personal; y yo aquí ahora no veo por todas partes por dónde se extiende mi vista, sino una mancha roja, plena y simbólicamente revolucionaria, porque rojas son las banderas del proletariado, á las que de aquí saludo, y esos mismos carteles blancos que ostentan los nombres de las víctimas del imperialismo alemán, esos mismos carteles blancos en cuyo rojo están enroscados con la sangre de las víctimas españolas. (Grandes aplausos.)

ROBERTO CASTROVIDO

(Al dirigirse á la tribuna es objeto de una gran ovación y se oyen grandes aplausos y vivas.)

Mi presencia en este sitio, más que un discurso, que el mío ha de ser breve, á parte de no ser elocuente, dice que no tratamos de tocar un corazón guerrero, llevando á la intervención, llevando á las masas como se ha dicho vilmente, al matadero, porque sería grotesco valerse de un inválido para tal fin, ó sería la última de las canalladas mandar á los demás adonde nosotros no podemos ir. (Grandes aplausos.)

No se trata, como dicen nuestros adversarios, de poner frente á frente á la paz y el intervencionismo; se trata de poner frente á

frente la paz que defendemos nosotros, la paz con vencedores y con vencidos, la paz con la libertad, con la democracia, con el legado de la civilización, con vencedores y vencidos, el militarismo, el clericalismo, el ka serismo, bien, la causa de esta guerra monstruosa que, en puridad, para los europeos, para los hombres todos civilizados, no es una guerra de naciones distintas, no es sino una guerra civil entre la libertad y la reacción, entre el militarismo y el civilismo, entre la civilización y la monstruosidad del dominio universal, en nombre hoy de la cultura como antes se hizo en nombre de la religión. Los pacifistas somos nosotros, los demás, los que nos tachan de intervencionistas, son los intervinidos, los intervinidos de manera casi siempre no confiable, los ganados, los comprados, los corrompidos, (Aplausos), todos en España rompiendo la neutralidad, amenazando la paz de la nación y poniendo en litigio su honor ante todos los pueblos halagantes, son los intervinidos.

Ellos que derriban Gobiernos; ellos que disculpan previamente que parecen la sociedad defensora de los que torpedean nuestros barcos: éstos que ofenden la dignidad nacional, son, como decía antes, los que ponen en peligro la paz de España.

Deja el gran poeta catalán Maragall que Cas illa le daba lástima porque no miraba al mar. Es verdad; pero no se necesita ver y tocar una cosa para sentirla. Castilla no ve el mar, pero Castilla, vascos, cántabros, audaces catalanes, queridos vascos, cu y representación de uno de vuestros partidos me han enviado por teléfono, y me honro ostentándola, Castilla, en el interior de España, si no ve el mar, ó navegantes para la conquista de América; Castilla, ante las protestas de los ataques de Alemania á la Humanidad y hasta á la Naturaleza, poniendo límites á la marcha por el mar; impidiendo el libre comercio de los pueblos y, sobre todo, hundiendo los barcos sin aviso previo; matando á los tripulantes ó á los pescadores, comete un abuso de lesa humanidad, para que todos los amantes de la paz, defensores de la neutralidad verdadera, no germanófilos, para que todos digamos que de corazón estamos al lado de Bélgica, de Francia, de la republicana Rusia, de Italia, de Portugal y de todos los pueblos que vemos que luchan por la civilización y por el derecho, abominamos de ese kaiserismo, que es contrario al pueblo alemán, al que saludo, pueblo representado, no por el kaiser, no por los 89 sabios en recua, sino por Rosa de Luxemburgo, de la cual hay aquí un digno parangón femenino, doña Rosario de Acuña, á la cual, que no sé ni dónde está, envío el saludo de toda esta representación espiritualista, aliadofilas en el exterior y revolucionaria en el interior de España. (Grandes aplausos; gran ovación.)

EMILIO MENÉNDEZ PALLARÉS

Españoles: La repercusión de la guerra europea se ha traducido en España en la exacerbación de la lucha de derechas é izquierdas, y lógicamente no debía ser así. La simpatía de las derechas por la autocracia prusiana es muy natural: poder irresponsable, militarismo, jerarquía, disciplina férrea, sumisión servil, son las características espirituales de esas derechas de que son matices el «jaimismo sin Don Jaime», en la «Defensa Social», de esas derechas que se nutren de hombres póstomos, de hombres que espiritualmente pertenecen á una significación ya muerta. (Muy bien); pero aquí no se trata de enjuiciar á la luz de los principios, como tipo de organización, á la autocracia prusiana frente á la republicana Francia, á la democracia inglesa, á la revolucionaria Rusia. Será problema especialmente alemán el que dentro de Alemania planteen sus instituciones políticas; pero la actuación agresiva con ánimo de conquista de la autocracia prusiana, fuera del límite de sus fronteras, eso no es problema de una nación sola, es problema del mundo.

Las izquierdas, no por móviles de política partidista, pero sí por razones que cuadran á nuestras honradas convicciones políticas,

afirmamos nuestra solidaridad con las naciones aliadas que, en guerra defensiva, luchan por la integridad del territorio invadido, por el derecho á la independencia de las naciones pequeñas, por el honor de los Tratados, por la justicia y por la libertad. Pero la actitud de las derechas no tiene explicación racional posible, obsesionados por la exaltación de la pasión sectarista, olvidan que definen el altar, y en las zarzas de su germanofilia, dejan sus Evangelios al prestar adhesión y aplauso á métodos de guerra, en cuya licitud no puede pensar jamás ningún cristiano; métodos de guerra que llevan la muerte por sorpresa á gentes indefensas y neutrales, más allá de la línea de fuego. Es que las derechas, en orden á la guerra actual, se muestran ateas y materialistas, no reconocen valores espirituales ni valores morales suprasensibles; no se inspiran en razones de positiva conveniencia para España. Es que no existe posible razón de justicia ni de conveniencia, ni siquiera posibilidad geográfica de sumar las armas españolas á las alemanas, y por eso defienden la neutralidad á todo trance y anhelan el triunfo de los Imperios centrales porque creen que significaría la liquidación en quiebra de los Imperios y el total eclipse de las libertades públicas.

El mayor honor que un orador puede hacer á este acto grandioso, es renunciar al discurso que se proponía pronunciar, y eso hago yo, renunciar a lo que iba á decir en el fondo de mi discurso, porque cada minuto que yo hubiera de invertir, lo resto á la sabia palabra del Sr. Unamuno y á la representación y elocuencia de los Sres. Alvarez y Llercaux. He de terminar, prescindiendo, como digo, de razones y definir mi particular criterio, que nada significaría por ser mío y particular, y he de terminar con cuatro palabras.

Es verdad que hasta ahora la opinión nacional en España no había respondido á su historia, á su espíritu de raza y á su alto concepto de la patria. El horror á la guerra, todavía domina en gran parte de la opinión del país, y de ello sacan sofísticas ventajas los germanófilos, en quienes el dictado de pacifista es un verdadero sarcasmo. El horror á la guerra llenó esta Plaza de Toros el día que habó Maura, germanófilo agermanizado, cuyo discurso paradójico fué un monumento de falsa dialéctica, ya que logró de su auditorio el aplauso para dos tesis antagónicas. El Sr. Maura se inspiró en el horror á la guerra en el sentido vulgar y egoísta, disculpable en un simple ciudadano burgués, pero no en ese sentido altruista y noble dentro de una visión de conjunto de la vida de la humanidad, como hubiera correspondido á un espíritu superior, como lo hubiera hecho un pensador, ó un filósofo ó un poeta. (Muy bien; grandes aplausos.)

Es verdad: los pacifistas somos nosotros. La guerra es un crimen, es un crimen en quien la provocó, un derecho en quien la repele; pero, ¿es acaso que las guerras no se van á acabar en el mundo? ¿Es que nunca va á ser una realidad ese ideal del arbitraje internacional para dirimir las contiendas entre las naciones? Pues bien, las guerras serán difíciles, si no imposibles, el día que se entienda que las naciones no beligerantes no tienen derecho á la neutralidad moral. Toda guerra plantea ante todo el mundo un caso de justicia de universal interés, y corresponde á las naciones no complicadas en la contienda formar un estado de opinión unánime, avasallador que determine que naciones obran criminalmente provocando, provocando y realizando la agresión, y cuál otra realiza el derecho de legítima defensa. El aislamiento moral y material, determinado por la ruptura de relaciones diplomáticas y mercantiles, es la sanción más leve que en holocausto de la justicia puede imponerse á aquellas naciones que provocando injustamente la guerra, sin netizan en un acto perverso el influjo de muchos males, la infracción de todas las leyes y de todos los ideales de la vida.

No olvide España que esta guerra, sin igual en la Historia, tuvo como primera página la violación de la neutral Bélgica; Bélgica,

gica la gloriosa, la heroica y la mártir. España, y ya definitivamente termino, sin decir la mayor parte de lo que tenía que manifestaros, España, no por solidaridad de intereses seguramente, no sólo por dignidad, sino por instinto de conservación, estará con toda lealtad del lado de la defensa de aquellos principios del derecho, cuyo respeto será en todo tiempo la garantía única y eficaz de la integridad y la independencia de las naciones pequeñas frente a la codicia y al espíritu de conquista de las naciones poderosas. (Gran ovación.)

MIGUEL DE UNAMUNO

Españoles: El año trágico de la Regencia, en 1898, sacrificó la dignidad de la patria, al interés dinástico. Hoy no sabemos a qué tenebrosos intereses ó á qué crueles terrores se la quiere sacrificar.

Desde este mismo sitio se ha dicho que no nos queda sino lamentar el dolor ajeno: cuando la humanidad civil se duele en la conciencia de la justicia herida. Este dolor no puede ser ajeno para ningún pueblo libre; acaso diréis que es también ajena la sangre española. El bloqueo pirático ha salpicado el regazo de la patria. No; se comprende más por pudor que por miedo que no se quiera ir á una intervención armada con un ejército que no le hay adecuado para el caso, y que, cuando podría formarse, sería ya tarde para esa intervención; pero es que hay otros motivos de intervenir en esta guerra civil, en esta revolución que ilumina con llamadas de sangre la conciencia de la Humanidad: porque es esta una guerra contra el absolutismo, y el absolutismo español se defiende. ¿Qué puede retener á los Poderes públicos de incorporarnos á la historia de Europa?

¿El miedo á la guerra civil acaso? Es que la tenemos ya; tenemos la guerra civil en España, y Dios quiera que no adopte las formas vergonzosas de Grecia y no nos lleve acaso al de membramiento de la patria; porque hay regiones españolas que quieren ser europeas, viriles, humanas, y si no se les da medios de serlo, tendrán acaso, para conseguirlo, que dejar de ser españolas al cabo. Y no se hablé de separatismo: el separatismo sería del resto de España, que se separa de la Humanidad civil. (Aplausos; muy bien.)

¿Ei que se le quiere reservar á España el papel de mediadora, acaso de Celestina, y que se firme la paz aquí con un congreso y con una corrida de toros ó sin ella y ponerlos de acuerdo en el fomento del turismo para el alboroque de las negociaciones? Sería un cálculo bochornoso y de tercera. Pero no; no intervendrá en la paz quien de una manera ó de otra no intervenga en la guerra, y ó es intervenir en ésta hacer oficios, por piadosos que ellos sean, de ayuda al desvaldido de uno y otro campo, mientras se deja indefenso á los propios súbditos. Ni se defiende con esas notas á las que se contesta con embuste ó con mal velado sarcasmo, no sirve querer agazaparse en el Derecho internacional constituido en vez de contribuir á formar el derecho internacional público constituyente.

Y si no nos defendemos podrá acaso suceder que para defenderse, engañen otros que defendernos á nosotros.

Dícese que no hay opinión á favor de la intervención en España. Aquí no hay opinión á favor de casi nada; no hay voluntad; lo que hay es «voluntad», reales ganas de no hacer nada, de no vivir en la Historia. (Muchos aplausos.) Importa poco la forma de Gobierno cuando un país es de opinión pública, de voluntad nacional, de soberanía popular. República, «res pública», es todo Gobierno regido por la opinión pública, por la voluntad nacional, aunque esté al frente de él, como magistrado civil, un presidente ó llámesele rey vitalicio y hereditario; y es, en cambio, tiranía, el regido por un presidente oligárquico, sostenido nada más que en las armas.

Hoy se derrumba el derecho divino (como si hubiese derecho alguno que sólo por ser humano no fuera divino á la vez); hoy se derrumba el derecho divino de los reyes,

y éstos, dejan de ser Césares, Kaisers, Ozars, porque estamos asistiendo á una revolución y los tronos mismos se derrumbarán al cabo si no saben cimentarse en el suelo que esté amasado con la sangre de esta revolución, que es la actual guerra; y de la conducta de los soberanos, que tienen que optar entre el imperialismo ó el republicanismo (cabe un rey republicano también), de la conducta de los soberanos depende que aquí y en todas partes no resurja más potente el republicanismo.

El republicanismo español está badeo como pueco; ha entrado en él la sospecha de que dentro del molde clásico de la Monarquía constitucional había realizado todo el ideal liberal, el democrático, y, en lo que es hoy posible, el socialista. Se creía que había como dice Inglaterra una República coronada; pero si se persiste en la neutralidad incondicional á todo trance y costa, muchos que no hemos sido republicanos nunca, que no lo somos hoy todavía, que aún contenemos un pequeño hilo de esperanza en esta Monarquía resurgida de la revolución de Septiembre, y no del de potismo de Fernando VII el abyecto, tendríamos en este caso que hacernos republicanos al cabo. (Muy bien, muy bien; aplausos.) tendrían que hacerse todos los monárquicos constitucionalistas condicionales. La incondicionalidad es una bellaca en política. To los creemos que el rey es útil, muy útil, utilísimo todavía, pero no es indispensable; ni menos insustituible. (Grandes aplausos.)

Y si no fijamos bien, veremos que los germanófilos de la neutralidad, á todo trance y costa, con los absolutistas, partidarios de los viejos resortes, de los verdaderos obstáculos tradicionales, y peor aún, que el absolutismo regio es el absolutismo gubernamental. Creen acaso que manteniéndose en la neutralidad incondicional á todo trance y costa, podrán mantener esta caduca España oficial, la del privilegio, la de los «ministros» y caciques electorales, la de los profesiones de la arbitrariedad, la de los latifundios y los emigradores, los que hacen emigrar á otros; la de los doctores analfabetos, la del vergonzoso encasillado electoral, la del presupuesto del cubilete y regateo chalanesco; esta España que pasa por la enorme vergüenza de esa ley de Jurisdicciones, que no ha podido el Parlamento abolir por miedo á un nuevo Pavia.

Y ante eso, ante ese cadalso que se derrumba y en que está en la picota la patria, la dignidad y el honor no significan nada? Se equivocan, porque libre la Humanidad de esta pesadilla, y cuando se haga la paz roja, porque la paz no va á ser blanca, una paz teñida en sangre en el Jordán de la democracia; cuando se haga esa paz roja se presentarán aquí las eternas cuestiones: la civil, la educacional, la religiosa, la económica, la regional, todas éstas como se presentaban en toda Europa, y ó se resolverían como en ella se resuelven ó de nada les habrá servido el torpe cálculo de la neutralidad incondicional á todo trance y costa ó no se resolverán de ninguna manera y seguiremos agonizando como un pueblo para durar, que no vivir, como rebaños. (Muy bien, muy bien.)

Porque no cabe solución; nuestras privativas castizas, distintas de las que se dan en el resto del mundo civilizado, como nuestra conciencia, no puede ser más que una parte de la conciencia universal. Y á esta guerra ha acabado de darle su sello la revolución rusa y la entrada de la gran democracia norteamericana. Y entonces, cuando llegue esa paz roja, si nosotros no hemos sabido incorporar nos á la gran revolución europea, será un bochorno y una vergüenza llamarse y tener que ser llamado español. (Aplausos.)

Nos alimentamos en el suelo siempre querido de la Patria; viviremos alejados en espíritu y hasta desterrados en nuestra casa, entre ruinas de una esperanza de Historia enajenada del sentimiento de la humanidad con el rebaño troglodita. (Aplausos.) Y cuando esos pueblos gocen de la paz roja, ganada con su sangre generosa, no habrá aquí, no podrá haber paz, no la hay todavía, ó será una brasa de ignominias en las entrañas

de la conciencia civil; la nuestra será paz de huesa fúnebre, paz negra, paz de noche tenebrosa de la Historia. Quedaremos condenados á pastar en este solar de la Patria, pero huérfanos de la Historia, desterrados para siempre de la humanidad civil. (Grandes aplausos.)

Y si los Poderes públicos no quieren hacer la revolución desde arriba, de que hablaba el Sr. Maura, esa revolución no puede empezar hoy; sino rompiendo con lo que han establecido el bloqueo pirático; y si no quieren los poderes públicos hacer esa revolución desde arriba y ponerle á la Monarquía española un gorro frigio, si queréis, entonces tendremos que hacerla de debajo nosotros; y para hacerla nosotros bastará cruzarnos de brazos, firmemente dispuestos á negar nuestro concurso á los que de tal manera, separatis de la Humanidad civil, nos ponen fuera de la Historia bajo el peso de un Escorial de obstáculos tradicionales. Porque en España ese Escorial, montón de escoria y cementerio de sus reyes absolutos erigido por el primero de los Austrias, nacido y criado en España, aunque no es así (que los despotas no tienen patria (Gran ovación); por el biznieto de Maximiliano de Austria, más que de los Reyes Católicos, por el que oprimió á Portugal y á Flandes é intentó oprimir á Inglaterra; ¡Oprimir á Inglaterra! (Grandes aplausos.)

Y ya que hablo de Portugal, ahora se le dirán muchos arrumacos y lagoterías, aunque detrás del grito germanófilo de Gibraltar, se piense en Portugal, ese Portugal que hay insensatos que creen que es una colonia española que nos arrebató Inglaterra. (Aplausos.) Y así volveremos á quedar bajo el espíritu de ese lodo de los espíritus cavernarios, que quieren separarnos de la Europa civil y arrancarnos de las vías de la Historia.

Y ahora digamos nosotros: Viva España libre y digna, aliada á los pueblos libres y dignos y que quiere, no sólo vegetal en esta dehesa, sino también tener Historia, haciéndola para todos los pueblos y no sólo para ella. (Grandes aplausos.)

MELQUIADES ALVA EZ

Señores: La voz del deber, ennoblecida por el sentimiento de la Patria, congrega aquí á todas las izquierdas españolas.

Nos une á todos la democracia, ya que todos reconocemos que sólo en el pueblo tienen su raíz las instituciones políticas, y todos reconocemos, además, que sólo la voluntad popular, convirtiéndose en esclavos de la misma, podrá justificarse la vida precaria de otros poderes mayestáticos.

Al Pueblo, pues, como verdadero y único soberano, acordemos nosotros, para que decida de los destinos de España en estos momentos culminantes de su historia. Lo que vosotros resolváis, será en definitiva lo que prevalezca; no nos importan otras opiniones. No olvidéis, ciudadanos que me escucháis, que en la vida de los Estados modernos, los mandatos del pueblo constituyen la ley obligatoria para todos, para el rey y para el Ejército, porque si se rebelan contra el pueblo, el rey se convertiría en un usurpador de su poder y el Ejército en una oligarquía indisciplinada y facciosa. (Grandes aplausos.)

Os lo han dicho todos los oradores, os lo digo yo; este mitin es el de la dignidad nacional, porque venimos á defender el honor y el porvenir de España; pero este mitin es también para todos nosotros, para las izquierdas españolas, una vindicación contra las maniobras injuriosas de los elementos reaccionarios.

Observaréis, amigos míos, que jamás las decimas españolas se mostraron tan insolentes y tan agresivas como ahora; es la embriaguez que les produce un ambiente por ellas mismas creado. Tienen por descontado el triunfo; cuentan, según gratuitamente dicen, con el apoyo del Ejército, presumen monopolizar el patriotismo, toman por cobardía nuestra prudencia, y como si esto fuera poco, pretenden suscitar contra muchos de nosotros la impopularidad y el odio,

presentándonos a los ojos del Pueblo como traidores y como vendidos. (Muy bien.)

A mí no me extraña ni las esperanzas ni los agravios de las derechas. Las esperanzas son el fruto de su estructura mental, un poco propicia a la puerilidad y a los absurdos infantiles; los agravios son naturales, y no ovidéis que la honradez de los hombres públicos ha sido constantemente el blanco de las almas mercenarias. Resonden, además, a una táctica conocida, táctica de infamias, táctica de captaciones perversas, de audacias inverosímiles, la táctica que utilizaron contra todos los liberales en el siglo pasado; la táctica que encendió en España tres guerras civiles, manchando la Historia con todo linaje de crímenes. La táctica que ha sumido a España en este año de atraso que hace que recaiga sobre nosotros, ya que no el desprecio, la compasión humillante y despectiva de todos los pueblos del mundo. (Muy bien.)

Tengamos el valor, por patriotismo y por deber, de desenmascarar a nuestros adversarios, definiendo con claridad nuestra posición y nuestra actitud en cuanto a la guerra.

¿Qué os he de decir de la guerra? ¿Qué puede decir todo hombre que piense acerca de la guerra? La guerra es azote y educadora de la humanidad a un mismo tiempo; azote, por su trágica desolación, con su cortejo inevitable de dolores y lágrimas; por las enseñanzas que encierra, sobre todo por esta corriente ideológica que fluye de su seno, es renovadora de grandes valores con fuerza prolífica bastante para crear un mundo nuevo, en el cual, amigos míos, yo abigo la esperanza de que la paz social se asiente sobre la justicia y no sobre las armas, y en el cual la libertad y el trabajo fecundarán la vida entera, haciéndola cada vez más generosa, más racional, más progresiva y más humana. (Muy bien.) Por eso yo no concibo, como no concebía el ilustre Unamuno, que nadie pueda disentir de la guerra, ni los hombres ni los pueblos. Esa inhibición absurda que algunos oregonan supondría en los hombres una pasividad rayana en el crimen; en los pueblos un aislamiento suicida, precursor inevitable de su abyección moral y de su muerte.

Ya sé yo, ya sabéis todos también, que España, por desgracia, ha pasado por aberraciones y delirios semejantes; vivimos durante todo el siglo XVI perturbados de aquel movimiento, que representaba la reforma religiosa, y por haber un fanatismo que es la caricia moral de nuestro espíritu, que nos impulsa a ser misoneístas y crueles y que incapacita a España para marchar en la Historia con aquel ritmo acelerado y progresivo con que marchan otros pueblos civilizados.

Quisimos cerrar las fronteras al espíritu fecundo de la revolución francesa, y por haber intentado esto por no habernos comprometido a tiempo con sus enseñanzas, llevamos hace más de un siglo oscilando entre la anarquía y la servidumbre sin haber encontrado todavía los ciudadanos españoles la fórmula salvadora de nuestro régimen político.

Si ahora hacemos lo propio, si quisiéramos desviarnos de esta catástrofe que conmueve al mundo y permanecer indiferentes ante lo que ella significa, sobre desaprovechar el momento preciso para incorporarnos a la vida de la civilización moderna, pondríamos en peligro la integridad y la independencia de nuestra vida nacional.

Por ser así, por creerlo así, yo he sostenido en nombre de los reformistas españoles que no se puede conservar esa neutralidad pasiva, llamada neutralidad estricta, que sólo sirve para quedar mal con todos, por lo mismo que nos obliga a permanecer equidistante de unos y otros contendientes. (Aplausos.)

No hay que decir a las derechas reaccionarias, hay que decir a los Gobiernos españoles que con esa neutralidad estricta no se sirven los intereses de la justicia; se sirven las ambiciones del imperialismo alemán. La neutralidad tiene que practicarse con vistas a los intereses de España y aprove-

charnos de su posición geográfica y seguridad de su independencia, a las intuiciones claras y previsibles del porvenir y si se hubiera practicado así, el Gobierno español, interpretando los intereses del país, habría seguido una neutralidad benévola con los aliados, habría logrado una absoluta penetración moral con la noble causa que aquellas naciones defendían. (Grandes aplausos.)

Si no miedo a nadie, españoles que me escucháis, sin miedo a nadie, decid que España no puede estar en ninguna forma con los Imperios Centrales; se lo vedan los intereses políticos del pueblo; se lo vea la causa suprema de la justicia, se lo vea el interés de la civilización; se lo vea, en fin, como decía el Sr. Menéndez Pidal, la conveniencia propia de la patria.

Los intereses políticos. Abrid el espíritu, republicanos y demócratas, abrid el espíritu de la esperanza. Después de la revolución francesa, después de las palabras proféticas de Wilson, nadie puede desconocer que las naciones aliadas encarnan el espíritu de la libertad y de la democracia, frente al régimen militarista y autoritario que personifican los Imperios Centrales. (Grandes aplausos.)

Por eso estamos al lado de los primeros, porque si en todas partes la reacción es intolerable, aquí en España, por una levadura de fanatismo que tiene la vida de tres siglos, la reacción sería bárbara y encarnada. Si, decidido esto: el régimen de la autoridad significaría la opresión de la conciencia y la captación abusiva de todas las libertades públicas.

El régimen militarista aquí, en España, sin el freno de la cultura que existe en otros países, representa el despotismo permanente y escandaloso de la fuerza. (Prolongados aplausos.)

Españoles que me escucháis; decid a nuestros amigos que es el amor a la justicia el que nos impide estar con los Imperios Centrales. Tiene fama este país de ser como Don Quijote, romántico, caballeroso, un tanto soñador, paladin esforzado de las causas nobles. Pues bien, por más pasión que se ponga en el juicio, habrá que reconocer que sólo a la voluntad de los Imperios Centrales y a esa megalomanía pangermanista, nutrida con exaltaciones de raza y con ambiciones conquistadoras, se debe el desastre de esta catástrofe, donde perece la juventud entre mares de sangre y donde se destruye la riqueza entre ruinas y devaluaciones. (Grandes aplausos.)

A mí no me extraña, no me ha extrañado nunca que patrocinen esta causa legitimistas, carlistas y hasta mauristas. (Aplausos); no me extraña, tienen miedo al pueblo, viven además de espaldas a la luz y su pasión política no les permite discernir con verdad la justicia. Lo que me extraña, descontento su insensatez, es que se coloquen de este modo los llamados católicos. ¡Qué sacrilegio, demócratas y republicanos españoles! ¡Qué sacrilegio! (Aplausos). ¡Católicos justificando aquella invasión criminal de Bélgica, que sirvió para que esta nación escurriera la página más gloriosa de su historia! (Ovación estruendosa y vivas a Bélgica); católicos justificando las deportaciones de Flandes; católicos justificando aquel hundimiento criminal del Lusitania, donde pobres mujeres y niños encontraron la muerte por las avaricias del Imperio germánico. (Nutridos aplausos.) Yo les diré: Católicos insensatos, católicos fanáticos, católicos que degradáis la religión, subordinándola al interés político, pensad en lo que hacéis. ¡Bravo, bravo! Aplausos prolongados.)

Pensad que la Iglesia se presenta todavía en los pueblos una gran fuerza moral; pero para conservarla es indispensable que esta fuerza viva asociada permanentemente a los sentimientos de la piedad y la justicia. (Muy bien, muy bien.) Y si por un divorcio pasional esa fuerza moral se separase de la justicia y simpatizase con la barbarie y con el crimen sin prestigio se hundiría definitivamente ante la execración... (Aplausos estruendosos, que impiden continuar al orador.)

Decidles, amigos míos, a nuestros adver-

sarios, que el pueblo español no puede estar al lado de los Imperios Centrales por interés de la civilización. Yo no sé si tienen razón los socialistas, muchos socialistas, cuando dicen que el carácter predominante de esta lucha es un antagonismo de intereses económicos. Yo sólo diré que la realidad es más compleja, queridos amigos míos, y que la realidad nos dice que en la lucha hay todo eso; pero hay algo más: hay la contienda de dos civilizaciones, de una civilización occidental, que es la nuestra, y de una civilización germánica, que es la suya. Para mí la civilización occidental, la nuestra, heredera de la civilización greco-latina, elaborada a través de los siglos por una pléyade de filósofos, de artistas, de pensadores, ennoblecida por el Renacimiento, purificada por la Reforma, templada además en el fuego santo de varias revoluciones; esta civilización occidental ha hecho surgir todo el movimiento humanitario y democrático que tuvo influencia decisiva en Inglaterra durante el siglo XVII, en Francia durante el siglo XVIII, que fué la base de la independencia americana, que contribuyó a formar la unidad italiana y que ha influido preferentemente en el desarrollo actual de la revolución rusa.

Os lo diría mejor, mucho mejor que yo, mi sabio e ilustre compañero el Sr. Unamuno; el pensamiento alemán, se levió de esta dirección científica, formó una cultura suya, una especie de pantheísmo político sobre la base de aquella omnipotencia del Estado, ente divino, que por lo mismo que concentraba en sí la plenitud de la fuerza, sacrificaba a ella todos los intereses y todas las aspiraciones. Y de aquí a la divinización de la guerra, a la idealización de la guerra, no había más que un paso. Lo apoyaba la Historia. Toda la vida de los Hohenzollern y de Prusia era una apoteosis viviente de la fuerza; habían sido electores en un castillo que dominaba la Suavia, habían sido después reyes de Prusia, habían llegado a ser emperadores de Alemania, y por efecto de esta eficacia de la fuerza, o, lo bien, quieren hacer que para Europa sea Alemania lo que para Alemania ha sido Prusia: el eje de una confederación donde el Imperio alemán ejerce el poder absoluto y la hegemonía sobre todos los pueblos, y sobre todas las naciones de la tierra. (Grandes y prolongados aplausos.)

Y por eso yo estamos con Alemania.

Yo voy a decir dos palabras, para condensar sintéticamente mi pensamiento y terminar.

(Una voz: Falta algo.)

Ya sé lo que falta. Tened calma, porque yo os lo diré todo, que no acostumbro jamás ni a recatar mi pensamiento ni a convertirme por temor en cortésano de las muchedumbres. Os diré que nosotros no queremos predicar la guerra; no queremos ir a la guerra. Los que dicen eso son plumas invencibles y mercenarias, vendidas al oro extranjero. No queremos la guerra, no predicamos la guerra; pero... (Tumulto; momentos de confusión en algunos lugares de la Plaza.) Orden, señores; dejad que griten.

Djad que griten y permitidles que interrumpen; no nos importa. No queremos la guerra; no hemos predicado la guerra; pero nosotros, patriotas, no podemos permitir que se ultraje, que se ofenda, que se escarnezca la dignidad de España como nación. (Grandes aplausos.)

Calma, calma, queridos amigos míos, y oíd.

Repito que no predicamos la guerra; pero que por dignidad de España queremos, amigos míos, romper las relaciones diplomáticas con Alemania, y que sepa Francia, que sepa Inglaterra, que, llenas de pasión, vibrantes de entusiasmo, están a su lado identificadas con su causa, desafiando todos los peligros, las izquierdas que forman la democracia española. (Grandes aplausos.)

Me pedían una declaración. (Voces: Venga.) Allá va. Yo, queridos amigos, en unión de los diputados reformistas, estuve en Francia, visité a sus hombres políticos, llegué a las trincheras. Cuando llegué a las trincheras, al ver mi pequeñez, no sabía si arrodil-



La explicación en la página 7.
Ayuntamiento de Madrid

llarme ó permanecer en pie; aquellos «no-las», aquella gente del pueblo, aquellos soldados de Francia me parecían los soldados de la Convención que llevaban en su alma el ideal redentor de la Humanidad (Grandes aplausos), y cuando los vi así, yo dije para mis adentros: ¡Qué grandeza la del pueblo francés! ¡Qué heroísmo el del pueblo francés! ¡Qué virtud tan extraordinaria y tan magnífica la de aquella República redentora, que había sabido organizar aquel ejército de héroes!

Y lo comparé con España, y pensé en mi país, al ejército que tan espléndidas pruebas de heroísmo ha dado en nuestra Historia, hoy, por culpa de los Gobiernos, no se compenetraba como deba para adquirir todo aquel prestigio sólido de la institución armada, con la voluntad y con el cariño del pueblo.

Y yo me dije: fui republicano, no dejé de serlo jamás. (Grandes aplausos).

Pero he de deciros que pensé, que sigo pensando que en la política moderna, dadas mis ideas, que respetaré; la forma de Gobierno no podía ser el ideal permanente de la vida política del país. ¡Ah! Pero yo os digo, en nombre del partido reformista, lo que decía Unamuno: estemos aquí para defender el honor de España, para salvar la dignidad de España, para consolidar el porvenir de España. Si alguien se opone, por muy alto que esté, ese alguien desaparecerá, o lo dudéis. (Bravo, bravo; ovación estruendosa, que se prolonga largo rato).

LERROUX

Oyense entusiastas vivas á Lerroux y á España y prolongados aplausos, y el orador dice:

Ciudadanos: Permitidme antes que todo, que agradezca á la Comisión organizadora de este acto el alto honor que me ha discernido por el turno que me adjudica al ocupar la tribuna.

Es para mí una de las más honras y de las más grandes satisfacciones que habré cosechado en la vida pública.

Quiero recordar á este propósito, sin que la vanidad me inspire para nada sino para aparecer ante vosotros con aquella consecuencia que fué norma de mi vida en toda mi actuación política, que á los tres días de la declaración de la guerra internacional llegaba yo á Madrid, y un redactor del diario *El Mundo*, interrogándome sobre la significación de aquella guerra la actitud que yo, en representación del partido que dirijo, habría de tomar, publicó ya unas declaraciones mías, que posteriormente no he tenido que rectificar, y que aun después de haber escuchado á los esclarecidos entendimientos que han sido esta mañana verbo de esta tribuna, no tengo para qué rectificar ni en una tilde, ni en una palabra.

Pero para que no apareciera aquello como improvisación sentimental, que cumple su obligación correspondiendo al interrogatorio, un hombre público, cuando le interroga un periodista, en mi periódico, que entonces existía *El Radical*, yo publiqué, pocos días después, el 10 del mismo Agosto, otro artículo en que razonaba y ratificaba mis opiniones, y después, interrogado por un ilustre periodista, Dario Pérez, en *El Imparcial*, el 25 del mismo mes de Agosto, yo repetía, yo anunciaba, yo mantenía mi opinión contraria á la neutralidad, y más tarde, en distintos actos públicos, soportando la animadversión de las masas, porque siempre que las he visto enfrente de mí, las he mirado con respeto; porque sé que las muchedumbres sólo por nobles, aunque á veces equivocados móviles, se agitan, enfrente de las muchedumbres que me persiguieron en Cádiz, y en Sevilla, y en Córdoba, y en Madrid, y el 7 de Septiembre me apedrearon ó hirieron á un compañero mío en Irún; á pesar de todo eso, yo he seguido manteniendo mi misma opinión. (Aplausos.)

¿Sabéis por qué? Porque he visto que la guerra entrañaba este problema, cuya solución había de buscarse á costa de sangre y de sacrificios de todo linaje, el problema de las derechas y de las izquierdas, y si me dolía que las muchedumbres no coincidieran en aquellos primeros momentos con mi opi-

nión fué porque vi descaminada, una vez más, á la democracia española y vuelta de espaldas á la luz del porvenir. (Muy bien)

Izquierdas y derechas, progreso y reacción, derecho y despotismo, eso es para mí el problema que entraña esta guerra.

Por eso habéis visto, ciudadanos, que un hombre de quien teníamos derecho para que conservara el respeto que á las altas cumbres enemigas deben rendir todos los hombres justos, que un hombre como Maura, que en 1904, al estallar la guerra ruso-japonesa, hablara de las salpicaduras de que podíamos ser víctimas y reforzaba la guarnición de Canarias y de Baleares; que cuando iba á Cartagena á recibir á los soberanos de Inglaterra, que después, en el mes de Noviembre de 1907, como respondiendo á aquellas conversaciones diplomáticas que tuvieron su sanción en documentos que fueron leídos en el Parlamento en el mismo año, en el mes de Junio, establecía verdaderos compromisos diplomáticos, á los que no se puede volver la espalda sino por una interpretación sofisticada ó porque el canciller de Alemania consideró hacia el otro compromiso que firmar, lo que signaron las grandes potencias garantizando la neutralidad de Bélgica en 1821 y 1822. (Aplausos.)

Porque es problema de izquierdas y derechas, Maura se le levanta en el teatro Real en el promedio de la duración de la presente guerra y se nos aparece respondiendo á sus compromisos como inclinado al grupo occidental de los beligerantes; porque es problema de izquierdas y derechas iba luego á Beranga, y Maura rectificaba allí con cierto modo y consentía que los escribas de su partido aun rectificaran lo que públicamente había dicho para escribirlo en la Prensa, borrando y difuminando aquellas más viriles afirmaciones que había hecho en su primer discurso del teatro Real.

Por eso Maura vino aquí no hace muchos días á acabar de desfigurar su alta figura política, apareciendo en definitiva cobardemente entregado para no perder la jefatura. (Aplausos).

Cobardemente, entregan lo toda su historia, toda su formalidad, todo su talento en manos de las derechas, peso muerto que le impedirá en el porvenir ser útil á la Patria. (Muy bien.)

Problema de izquierdas y derechas. Nos lo está diciendo en esa inesperada solución que la guerra internacional ha tenido en Rusia, donde nadie podía esperar, por la tradición de despotismo, la servidumbre del pueblo, por el sometimiento de los intelectuales, que tuvo, sin embargo, las proezas sangrientas distintos héroes de la libertad, que fueron sus mártires en los calabozos de las prisiones ó en las estepas de Siberia; pero que nadie podía colegir que tan pronto un movimiento subversivo habría de derribar aquellas instituciones seculares para que de nuevo el espíritu revolucionario de la altísima Revolución francesa, retoñando y surgiendo en la demostración rusa, estableciendo allí aquellas instituciones sin las cuales la democracia será siempre una ficción ó una mentira. (Grandes aplausos).

Problema de izquierdas y derechas. Nos lo está diciendo, por último la intervención en la guerra de los Estados Unidos adonde no le llevaban intereses materiales de ninguna especie, que nos ha presentado el más alto ejemplo de desinterés, de abnegación, de idealismo, que en los tiempos modernos ha ofrecido pueblo alguno en ninguna democracia.

Y porque es problema de derechas é izquierdas, al cabo de la opinión española, que dormía acobardada, porque estaba ausente la iniciativa, porque se había interrumpido la tradición del sacrificio, porque no estábamos en contacto con todos los heroísmos que están sublimando los valores en el mundo, permanecía callada, y al venir aquí á hablar, ha hablado fuerte, ha hablado alto por primera vez.

Y como cada cual es intérprete suyo y siente la democracia según su propio temperamento y su propia conciencia, permítame á mí que os diga cómo interpreto es-

ta resurrección de la opinión española y del espíritu público en nuestro país.

Hay en el mundo una diplomacia que, vuelta de espaldas á los intereses económicos y materiales de los pueblos, no suele servir más que á las instituciones, y á veces ni á las instituciones suele servir, sino á los que las representan, á los reyes, á los zares, á los emperadores.

Por culpa de esa diplomacia diferentes pueblos, lejos de haber marchado de acuerdo desde el primer momento con los que tuvieron que responder á la tradición, á la coherencia agresión de los que durante varias generaciones y varios siglos de años se habían estado preparando para la guerra, no acudieron con el concurso de su esfuerzo, con el desahogo á esa lucha sangrienta.

Nosotros mismos hemos tenido que sufrir las torpezas de esa diplomacia; nosotros mismos las estamos todavía sufriendo; de la diplomacia, fuera; de la política, dentro.

Pues qué, ¿no es de recordar cuál ha sido la actuación de algunos países que viviendo inmediatamente al foco, á la más formidable vibración de esa tremenda convulsión, viven hoy en la neutralidad? Penad en Holanda. Y en Holanda ha ocurrido que reina allí una señora que pertenece á la familia de Nasau, casada con un oficial que pertenece á la casa alemana de M. Kolemberg, y esta reina es hija de otra señora, digna é ilustre señora, honesta, viuda ejemplar que fué reina regente en aquel país durante muchos años, que creó intereses, formó una nobleza levantando villarros, ascendió á militares, repartió mercedes, en fin. Y cuando llegó la hora de la guerra, ¿cómo ha de extrañarnos que las lágrimas de una reina madre que se portó noble y se petrificó con el pueblo que regía, rindiesen á los intereses de aquellos que habían sido ennoblecidos y habían sido enriquecidos? ¿Cómo extrañar que Holanda permaneciese en la neutralidad, sirviendo intereses de la dinastía?

Y en Grecia, ¿qué debe su existencia, su crédito, su capital, su organización, su Armada, su Ejército, su vida entera á Francia ó Inglaterra, ¿qué ocurrió? Pues que casó el Rey con la hermana del Kaiser, la nación no se ha inclinado del lado á que la llevaba sus conveniencias de todas clases, sino que se ha inclinado al lado de las conveniencias de la dinastía.

La diplomacia en todas partes ha hecho eso mismo, y ya va siendo hora de que los pueblos, dueños de sus destinos, no acuerden la neutralidad por el capricho ó por la voluntad de un gobernante que se convierte en dictador y en vocero de otros intereses, sino por autoridad del pueblo soberano, que, consciente de sus verdaderas conveniencias, la dicte.

Ciudadanos: Quien tiene como yo que razonar en otros actos públicos todo el fundamento de su actitud, que para muchos aún permanecerá velada, no puede tener suficiente con aquel espacio de tiempo que forzadamente, á pesar de su extraordinaria generosidad conmigo, me ha concedido la Comisión.

No puedo continuar razonando en este orden de consideraciones; tengo que dejar una gran laguna entre lo que he dicho y lo que voy á continuar diciendo brevemente para reunirme mi pensamiento.

Mi partido organiza, por para en Barcelona un mitin que tendré por objeto que allí, pudiendo usar yo solo de la palabra, emita todas estas razones que aquí no oí en el momento para dichas, para no someteros más tiempo al tormento de la temperatura y al de escuchar mi palabra. (No, no. Aplausos.)

Voy á limitarme á otras cuantas consideraciones.

Cuando los pueblos dejan que sucedan acontecimientos como el del año 1898, en que para salvar una dinastía se perdió un Imperio colonial, y que cuando de la propia manera, cualquiera que sea la opinión en que se divida la muchedumbre, consiente que un gobernante en 1914, sin previa consulta á la opinión pública ni siquiera á su representación, no legítima, pero legítima en el Parlamento, proclame la neutrali-

dad, tienen derecho á pensar que hoy que los gobernantes se han convertido en cortesanos tienen el deber, una responsabilidad que no existe, que no tiene una genuina encarnación, pero que detrás de esos gobernantes hay a quien que ejerce un poder por encima, por debajo ó por fuera de la Constitución. (Aplausos.)

Y no le damos vueltas. Es necesario arrostrar todas las consecuencias para exponer con franqueza el pensamiento. Dirás de estos gobernantes, que no tienen de tal cosa sino la figura, hay un responsable; ese responsable, que está ausente constantemente para los conflictos de la patria y solamente está presente en los momentos de alboroto y de recoger aplausos organizados más ó menos artificialmente. (Bravo.)

El Ejército, según le dice la Constitución, según dijeron en aquellas épocas en que una parte de él quería sumirse á la opinión democrática, no tiene derecho á opinar; por consiguiente, para nosotros, la opinión del Ejército no es para tenerla en cuenta (Aplausos); y como las otras instituciones que forman el Estado, descontenta está de antemano por nosotros y al lado de las derechas.

Nosotros no podemos cimentar nuestras fuerzas sino en el pueblo, en la democracia, y á ella acudimos para señalarle dónde está el responsable de que España, si quiere ser neutral, no puede serlo consciente de su fuerza y con el propósito de intervenir cuando se lo mande su dignidad ultrajada, sino que tiene que ser, como ahora, neutral por impotencia, á que la ha reducido el desastre de una organización administrativa en que fueron todos á meter mano para lucrarse de la una ó de la otra manera; el desastre de un ejército que, cuando lleguen estas horas, probablemente, si fuese cierto que no es partidario de la intervención, sería para no exponerse á correr el ridículo de acudir solamente con la espada de la cruz y del honor en la mano.

Se nos oculta constantemente la verdad, y la verdad es esta: que aun cuando en la hora presente nos echarán á pique, no los barcos mercantes en que va y viene la riqueza española por los mares libres, sino aquellos que, llevando el pabellón oficial de la Patria, son prolongación del territorio nacional, nosotros no podríamos hacer otra cosa que contestar platónicamente. Pues qué, ¿no es público y notorio, aunque no lo fuese más que por la rectificación oficiosa que publicaron los periódicos, que una ilustre personalidad política hablando con el rey, le dijo: «Señor, antes que romer la neutralidad sería preferible perder Canarias y Baleares».

Y aún hay otra cosa que viene á demostrar cómo los propios gobernantes reconocen su impotencia para defender la dignidad de la Patria, que no es conocida de la Prensa ni del público, que por un azar de una noble confianza yo conozco y os voy á revelar.

Hace unos cuantos meses España contrató en los Estados Unidos, antes de que tomase parte en el conflicto internacional, la compra de material de guerra, de cobre, de maquinaria, que, embarcado en un buque, bien despachado, con la tolerancia de las autoridades alemanas, consignado al director de la fábrica militar de Sevilla, navegó por los mares y fué echado á pique por un submarino alemán; y la prueba de que es así es que el Estado ha cobrado 500.000 pesetas, quinta parte de la cantidad en que una sociedad de Seguros navales de Nueva York aseguró aquella mercancía. ¿Y se ha dicho al público? ¿Lo conoce la opinión? ¿Lo ha sabido la Prensa? No.

Este silencio, ¿qué significa? Que ya se ha renunciado hasta el derecho de defender la dignidad de la Patria, vinculada en la bandera oficial, que viene amparando una mercancía adquirida, vergüenza de las vergüenzas, contando de antemano con la tolerancia vilmente traicionada por Alemania.

¡Ciudadanos! Aun dentro de lo restringido del tiempo que dispongo, yo me proponía decir alguna cosa más. La comisión organizadora tiene un contrato con la Plaza de Toros, en virtud del cual, prolongar el acto más allá de una hora determinada la irroga-

ría graves perjuicios, y como la significación del acto no está en lo que ya hemos dicho, sino en vosotros mismos, en vuestra presencia y en lo que simbolizan esas banderas, que son algo de nuestra alma y nuestro pensamiento, y que son el pendón de guerra para vosotros el día de mañana, no es necesario que prolongue más mi discurso.

Pero, sentado allí, construí una imagen que pondré como remate y contera de este discurso, para que tenga alguna eficacia en el alma de las muchedumbres, más propicias á sentir que á pensar; la imagen me la daba hecha ese frente hacia el cual se dirigían mis miradas. Observadlo, amigos míos, porque tengo la seguridad de que procesando rectamente, persuadido de que dentro de la legalidad será imposible que en la democracia los afeos de hoy seamos correligionarios mañana; observad que aquí está presente la soberanía popular; ¿y qué es lo que está ausente?

Mirad á aquel palco; es la soberanía real la que está ausente, y ausente lo diremos para siempre, como en Rusia, sin que nos aysten las perturbaciones, que preferimos un país entregado durante un cierto período de tiempo á las más grandes perturbaciones, si después ha de recobrar la integridad de su soberanía, que no pertenecer á un régimen anulada y ausente la Constitución, según declaró en el mitin pasado el mismo señor Maura, que se entroniza en poder personal quien se limita, usurpando atribuciones de la Cruz Roja, á ejercer de Hermana de la Caridad.

Mas por encima de estas diferencias del pueblo soberano (señalando al palco regio), está la bandera, símbolo de la patria, y ahora en nuestras manos, en nuestros ojos y en nuestras almas, pendón de guerra (no quiero callar más) que hemos de levantar de aquí en adelante si queremos vivir inaugurando una política no defensiva, sino ofensiva, agresiva, no limitándonos á defendernos de la injuria y de la calumnia.

Despleguemos toda nuestra actividad, que bien podía decir un Goethe que, como en la batalla de Valmy, se levantase á organizar aquel formidable movimiento de un pueblo en armas para defender la revolución; aquí con este mitin, comienza la nueva era para la patria española. (Ovación estruendo a.)

¿Mi opinión sobre el mitin?

En síntesis, esta:

Si el propósito de los iniciadores fué únicamente demostrar que las izquierdas son aliadófilas, y que los republicanos acuden siempre á todas partes donde creen que se les llama para trabajar por el triunfo de la República, orgullosos deben estar: el éxito ha sido completo.

¿Mi opinión sobre lo que en el mitin se dijo?

Esta:

Que en conjunto no respondió á lo que las circunstancias demandaban, ni á las esperanzas despertadas. No vinieron seguramente tantos millares de republicanos de provincias para enterarse ni convencerse: de que ya lo estaban, pruébalos el que vinieron. Vinieron para escuchar afirmaciones concretas, para recibir orientaciones prácticas.

¿Que los oradores dispusieron de poco tiempo para expresar su pensamiento? Es verdad; mas precisamente por esto debieron aprovecharlo, apelando al estilo del alcalde de Móstoles en Mayo de 1808.

Y no digo más por hoy, pues hay mimbres y tiempo.

¡GRACIAS! ¡GRACIAS!

Se las doy á cuantos han venido de provincias á saludarme.

No me queda espacio en este número para expresar lo que he sentido al recibir tantas desinteresadas pruebas de afecto y cariño. Lo haré en otro.

UNA EXPLICACION

Debo dársela á cuantos amigos acudieron á mí pidiéndome billetes para asistir al mitin del domingo.

La Comisión organizadora sólo me envió seis de grada.

Asamblea Nacional Republicana

No habiendo tenido tiempo para enterarme de lo ocurrido en ella, aplazo para el número próximo el emitir mi juicio.

LA LÁMIMA

La tortuga y el águila

La tortuga le suplicó al águila que la enseñase á volar: pero cuando el águila la levantó por los aires y la dejó caer, la tortuga murió á causa del golpe.

Bulgaria habrá de pagar el precio de su ambición temeraria por haberse dejado llevar á la guerra por Alemania.

PROTESTA

Fué viril y enérgica, como suya, la que espontáneamente lanzó Zaragoza el día 20 contra las imposiciones y agresiones que Alemania hace sufrir á España. Para dar una idea de su importancia y significación, nada mejor que leer este vibrante y patriótico artículo de Alvaro de Albornoz, publicado en *El País*:

ZARAGOZA

Un nuevo episodio nacional

La pluma, nerviosa, vibrante, no se resigna á trazar lentamente rasgos sobre el papel; quiere lanzar un grito: ¡Viva Zaragoza! En medio de la resignación cobarde, del silencio envilecedor, cuando ya la conciencia de nuestro españolismo iba siendo más que un dolor un oprobio, una voz se levanta que nos salva del desprecio del mundo. Es Zaragoza; Zaragoza la brava, la masculina, la recia, la baturra; la de puños fuertes y alma grande, inquieta y turbulenta; la siempre levantina, que llena con sus insurrecciones periódicas enteros de la historia de nuestras luchas por las libertades constitucionales.

Lo esperábamos. Tenía que ser Zaragoza; debía ser Zaragoza. Por su españolismo, de que dan vivo testimonio sus puertas acribilladas á balazos y el polvo de sus murallas, era la llamada á confundir á los viles mercenarios que invocan el nombre y el interés de España cuando sirven al extranjero. Ante Barcelona, cosmopolita, que agitan todos los fermentos del espíritu, donde en la lucha se confunden á veces las ideas más nobles y los intereses más sordidos; ante Bilbao, la opulenta metrópoli industrial sede de los negocios; ante Valencia, capital de la región levantina, herida en lo más vital de su economía por la guerra, podrían los enemigos encubiertos de España, aunque sea razón, discutir, y hasta injuriar. Pero es—lejos del mar—Zaragoza, que ni pierde los buques de su flota, ni oye los disparos contra nuestros barcos, ni asiste, conmovida, al entierro de las víctimas. Es Zaragoza, la ciudad del españolismo legendario, que se dejó arrasar por los cañones franceses que la enfilaban desde el cabezo de Buena Vista. Y ante Zaragoza no hay más que inclinarse y descubrirse.

Zaragoza ofrece á la pluma gloriosa de Galdós un nuevo episodio nacional. Que un episodio nacional es el «gesto» baturro, lleno de dignidad española, que viene á salvar nuestro honor ante Europa y América. Lo que no hizo el Parlamento, ni la cátedra, ni la tribuna popular, ni elemento alguno directivo, acaba de hacerlo el pueblo de Zaragoza. Como siempre, en las horas graves, en las horas críticas, es el pueblo, sin jefes, sin caudillos, el que tiene la inspiración y señala la ruta libertadora. En media hora, en la calle eterno escenario de las luchas y de los triunfos populares—el pueblo de Zaragoza hizo más que en tres años las plumas medrosas y las voces con sordina del manso y vergonzante liberalismo. Allí, en el cementerio de Torrero, los huesos sagrados de Costa, el apóstol de las rebeldías patrióticas, el gran español, cuyos manifiestos sirvieron de artículo á la indignación nacional cuando el incidente de Las Carolinas, se habrán estremecido de orgullo y de entusiasmo.

Ya no podrán decir los directores, los caudillos, que no les asiste la opinión, que no tienen detrás al pueblo. El pueblo ahí está, gritando en las calles de Zaragoza. Y, no tardando mucho, estará gritando en las calles de Madrid, y en las de Barcelona, y en las de Valencia. Los que dicen que en Madrid no hay pueblo no lo han buscado ó no han sabido encontrarlo; no han salido nunca, ó lo han hecho con el más aparatoso y risible disfraz, de las «peñas» de «superhombres», de los mentideros políticos, de las absurdas tertulias de café ó de los cenáculos literarios. Madrid no se compone

sólo de señoritos mauristas y de empleados públicos, de aristócratas y de burguesía cursi; hay un Madrid que es el viejo Madrid de las luchas progresistas y de las jornadas liberales. Llamadle como en memorable ocasión lo llamó Sol y Ortega, y le veréis acudir de la plaza de Antón Martín y de la del Progreso, de Chamberí y de la Guindalera. Y podréis hablar en su nombre, mirando hacia abajo, á los más altos.

Y cuando sean Zaragoza, y Madrid, y Barcelona, y Valencia, y Bilbao, será toda España. No, ilustre y querido amigo Araquistain, no ha muerto el honor caballeresco español. Ciertos españoles no lo son más que de nombre. La fecunda y prolífica casta, que dió vida á tan rica variedad de tipos espirituales, produjo al pícaro, que se burla de su protector y amo, jugándole una treta; al aventurero, que, aun en medio de las más graves transgresiones de la ley, conserva siempre un sentimiento del honor; al bandido, que tiene á las veces, altivo y generoso, la pretensión de encarnar un ministerio de justicia. Los miserables que se venden y sirven á su amo lealmente, sin habilidades picarescas, como perfectos mercenarios, no pertenecen á nuestra comunidad espiritual. Son unos hijos espúreos de la raza.

ALVARO DE ALBORNOZ

No olviden los Gobiernos complacientes con Alemania ese aviso que les ha dado la ciudad de Palafox. Es chispa que puede provocar el incendio que destruya á los profanadores de la dignidad nacional.

¡Viva Zaragoza!

Cine clerical

Jugar con fuego

—Mire usted, Indalecia, que si la señora se entera la pone á usted de patitas en la calle.

—Eso ya lo veríamos... Pues, ¿qué se ha creído esta tía? Yo tengo mis cosas que hacer y...

—Sí, el panadero de la esquina.

—Bueno, el panadero ó la panadera, eso á ella le debe tener sin cuidado.

—Sí, pero la señora le da á usted esa hora todos los domingos por la mañana para que vaya usted á misa y no á festejar con el novio.

—Hago lo que me da la gana, y no tengo que dar cuentas á nadie.

—Hija, lo que es á mí, maldito lo que me importa... Yo se lo digo por su bien... Mire que la señora en esto de la religión no pasa por nada, y si llega á saber, que lo sabrá, porque ya sabe usted que la primera doncella es una chismosa, que usted, en

vez de ir á misa se está con el novio, va á haber aquí la de San Quintín.

—A ella no le importa; yo tengo mi conciencia, y daré cuenta á Dios.

—Bueno, hija, bueno; allá usted... Yo se lo aviso y punto concluido.

—¡La misa! Estas malas... iba á decir un disparate... creen que con mandar á misa los domingos á los criados ya lo arreglan todo. Más valía que nos diera más salario, y mejor de comer, que en esta casa se come peor que en un asilo. Siempre le está diciendo á la cocinera: «No atraque usted tanto á esta gente, que luego no tienen ganas de trabajar». ¡Atracarnos! Con dos reales que pasa á la cocinera para cada uno, buenos atracones nos podemos dar...

—Pues mire usted, el año pasado despidió al cochero por eso, por no ir á misa.

—Pues si á mí me llega á decir tanto así, va oír de mi boca lo que nadie la ha dicho todavía... Más valiera que devolviera el dinero que robó á su padre, que era de los pobres.

—Por Dios, Indalecia, si la oyera á usted...

—Que me oiga... Más valía que lo que les dió á las monjas del Sagrado Corazón lo hubiera empleado en un asilo, que para los pobres lo dejó su abuelo.

—La señora no es mala: da muchas limosnas.

—Sí, es un angel; pero las da á los que nada necesitan, á los jesuitas y á las gandulas esas del convento de Rubiales... En cambio el año pasado no quiso dar un céntimo para la madre del portero que está baldada, y tenía que tomar baños.

—Rarezas de los ricos; por un lado tiran los miles, y por otro recogen un céntimo.

—Porque no tienen corazón, porque son unos hipócritas, ea, y unos farsantes, como esta tía, que cuando viene á comer el obispo se pone el hábito del Carmen, y luego se va al Real con un escote hasta el ombligo.

—Es usted tremenda.

—Digo la verdad, y nada más.

—No juegue con fuego, Indalecia, y vaya á misa los domingos; total es cosa de media hora.

—Que vaya ella, que no tiene otra cosa que hacer todo el día, más que teñirse las canas y pintarse los labios...

FRAY GERUNDIO

**CALUMNIAS AL CLERO
MÁS CALUMNIAS AL CLERO
OTRAS CALUMNIAS AL CLERO
NUEVAS CALUMNIAS AL CLERO**

Inventadas

José Nakens

Precio de cada tomo: DOS pesetas.
Para los suscriptores el 25 por 100 de rebaja.

TIP. «LA ITALICA», VELARDE, 12.